

mas de sistemática, se intenta hacer una historia de los cambios sociales producidos en Latinoamérica en distintos ámbitos de la vida, tratando de valorar su incidencia sobre la representación de Dios. Sin embargo, las categorías sociales empleadas están cargadas de presupuestos y resultan demasiado generales, por lo que difícilmente puede concederse que el resultado sea objetivo. Junto a una preocupación social que, sin duda, es honrada y un trasfondo de autenticidad cristiana en la valoración de algunos fenómenos sociales, hay una carga de utopismo que da lugar a una lectura muy distanciada de la realidad. No se puede evitar entonces que algunas de las conclusiones tengan más bien el carácter de slogans utópico-políticos: «El mismo Dios, el único verdadero nos revela su presencia activa y su llamada,... No en el orden mentiroso y la seguridad soberbia de una sociedad clasista y represiva, sino en el anhelo y la lucha por la convivencia más justa y más humana, por el camino del amor solidario y la entrega de la propia vida. No en el éxito económico competitivo y privatizador, no en el progreso tecnológico y el bienestar refinado de una minoría privilegiada, sino en la experiencia de la solidaridad del pueblo y de comunidades de hermanos, donde nos sentimos responsables unos de otros y aprendemos a compartir bienes y servicios; en la utopía movilizadora de una fraternidad universal» (p. 92).

Como momento de interés teológico cabe destacar en esta parte las reflexiones a propósito de Dios y la permisión del mal (opresión, miseria, etc.).

En la tercera, se recogen los temas tradicionales de la Teología Bíblica vetero y neotestamentaria a propósito de Dios, con una acentuación de los temas que tienen mayor relevancia social. Muñoz insiste, como es lógico, en

el carácter singular de la revelación de Dios en su Hijo (trata con respeto el tema de la divinidad). Su interpretación del Reino de Dios es, sin embargo, en este contexto, por lo menos discutible.

El A. hace explícita referencia a su intento de moverse dentro de la tradición de la Iglesia (n. 31, p. 54), y de hecho, se nota un esfuerzo, en citar documentos del Magisterio, aunque su función resulta ser más bien ornamental, porque hay una falta de entendimiento de fondo.

Hay dos preguntas que el lector debe hacerse al final: la primera es sobre la legitimidad de convertir la teología cristiana (con un tratamiento en el que sufre mucho) en un instrumento de concienciación sociopolítico. Y la segunda es la de la utilidad: no parece que ninguna utopía teológica tenga la capacidad intrínseca de operar con eficacia positiva sobre los problemas de las sociedades subdesarrolladas. Son cuestiones que necesitan soluciones técnicas y profesionales, y también recursos morales (para vencer, por ejemplo, la corrupción). Los primeros los proporcionan la ciencia y la educación, los segundos la vida cristiana (la gracia), ninguno de ellos las utopías sociopolíticas. Y esto parece más claro que nunca cuando está para terminar este milenio. La cuestión no está, por tanto, en la autenticidad cristiana de una preocupación social, sino en los instrumentos para darle cauce.

J. L. Lorda

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

Pedro de JESÚS MARÍA, *Cielo espiritual, trino y uno*, Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española («Espirituales Españoles», Serie A, tomo 32), Madrid 1986, 586 pp., 13 x 19,5.

Nos encontramos ante un autor de la época clásica española, Pedro de Jesús María (1583-1642), y ante una obra significativa, aunque bastante olvidada, de la espiritualidad española del Siglo de Oro. Como tantos otros ilustres autores de su época, Pedro de Jesús María, miembro de la Orden de la Merced, propone y desarrolla un amplio y exigente camino espiritual hacia la perfección cristiana; pero lo hace de una forma muy original y sugestiva: compara la vida en la tierra y la vida en el Cielo, y con esta luz habla de la vida espiritual como un «cielo móvil», que se desarrolla en sucesivos grados o modos: un primer cielo, apoyado en la virtud teologal de la esperanza; el segundo, en la fe; y el tercero, en la caridad; para culminar en la gloria definitiva del alma en el Cielo empíreo divino.

Estamos de nuevo, pues, ante una clásica, rica y formativa lectura espiritual, asequible y útil para cualquier cristiano, introducido ya en la literatura espiritual del Siglo de Oro español; y que dará a su vez nuevas luces al estudioso de la época y de la teología espiritual en general.

J. Sesé

Juan de JESÚS MARÍA, O.C.D., *Guía interior*, Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española («Espirituales Españoles», Serie A, tomo 33), Madrid 1987, 380 pp., 13 x 19,5.

Juan de Jesús María (Robles) figura entre los más destacados teólogos espirituales de la que podríamos llamar segunda generación de la orden carmelitana reformada por Santa Teresa de Jesús: un grupo de autores que, fieles a la doctrina de los dos grandes maestros descalzos (la propia Santa Teresa y San Juan de la Cruz), organizaron según

sus enseñanzas un cuerpo de doctrina mística sistematizado, que será punto de referencia obligado para los tratados místicos posteriores.

La colección de «Espirituales Españoles» presenta con esta edición una de las obras más representativas del teólogo carmelita. Esta Guía Interior aborda, en efecto, una de las preocupaciones centrales de la mística de la época y de todos los tiempos: la distinción entre lo sustancial de las experiencias místicas y los fenómenos extraordinarios que, en ocasiones, pueden acompañarlas. Juan de Jesús María desarrolla así la solución clásica del problema, tal como la enseñó, entre otros, su maestro San Juan de la Cruz: la perfección cristiana no consiste en fenómenos o experiencias extraordinarias, sino en la vida teologal; para ello, muestra brevemente cómo se debe fundar la vida espiritual en la fe y la oración verdaderas; y da, a continuación, detallados criterios de discernimiento sobre visiones, revelaciones, éxtasis, etc.

J. Sesé

Melchor RODRIGUEZ DE TORRES, *Lucha interior y modos de su victoria*, Eds. Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española («Espirituales Españoles», Serie A, tomo 31), Madrid 1986, 688 pp., 13 x 19.

Una vez más, la importante colección «Espirituales Españoles» recupera felizmente con esta publicación a un autor y a una obra bastante olvidados en el extenso panorama literario del Siglo de Oro español: son tantos y tan importantes, en efecto, los autores espirituales que brillan en este tiempo en la península ibérica —y también en la recién evangelizada América— que bastantes de ellos, que sin duda figurarían en lugares más destacados de haber es-